

Presentación de la novela: *Amarga luz*

por Ana María Moix

Librería Bertrand,

Barcelona 31/5/2011

Es para mí un placer presentar esta novela, “Amarga luz”, la primera de su autora, Marga Clark, persona por quien siento un afecto personal y una sincera admiración. Fotógrafa y escritora (ha publicado varios libros de poemas, entre ellos *Del sentir invisible*, 1999; *Auras*, 2001; *Pálpitos*, 2002; *El olor de tu nombre*, Premio Villa de Madrid 2008; *Amnios*, 2009 y *Campo de batalla*, 2010. Marga es una mujer, una artista, en quien, además de sus dotes creativas, admiro por una cualidad que cada vez echo a faltar más entre nosotros: el entusiasmo. Creo que vivimos en una sociedad bastante enferma desde el punto de vista creativo, artístico y espiritual; una sociedad actualmente afectada por graves problemas económicos, indudablemente dramáticos, pero atacada, desde mucho antes de la crisis, por un mal que, para entendernos, me permito calificar de anemia, de desaliento, de desgana que nos afecta a todos, escritores, pintores, médicos, administrativos, zapateros, dentistas, conserjes... Es como si la vida y nuestras actividades profesionales no fueran con nosotros, como si nuestro trabajo, aunque sea vocacional, se desarrollara al margen de nosotros mismos. Eso, a la larga, crea un panorama humano y cultural mediocre, gris, del que sólo nos salva el entusiasmo. Por eso, cuando me encuentro con personas entusiastas, como es el caso de Marga Clark, siento un inmediato respeto hacia ellas. Marga Clark es una entusiasta de la poesía, de la fotografía, del teatro, de la cultura, y de cuanto le gusta. Una entusiasta de cuanto hace y, muy importante, de cuanto hacen los demás. Marga cree en lo que hace, se equivoque o no, y cree en lo que sale de la pluma, de las cámaras, de la mente de creadores a ella afines.

Con entusiasmo, con un entusiasmo inquebrantable, abordó Marga Clark la historia narrada aquí, en esta novela titulada “Amarga luz”. Una historia familiar, que trasciende la anécdota, la serie de anécdotas que tejen las historias de familia, y que la trasciende debido, entre otras, a dos hechos: la naturaleza del personaje evocado -Marga Gil, un personaje real, una escultora que vivió y murió en 1932, a los 24 años- y la escritura, el tratamiento literario que la autora ha dado a su historia.

Planteadas, en principio, como una novela cuyo propósito principal es el rescate del olvido en el que la escultora Marga Gil Roësset cayó a raíz de su

suicidio, en 1932, “Amarga luz” tiene el acierto de presentarnos dos protagonistas: una es la escultora desaparecida, muerta, suicidada debido a un enamoramiento fatal nada más y nada menos que del poeta Juan Ramón Jiménez; la otra, es la narradora de la novela, al principio una niña, sobrina de la escultora, que crece en el Madrid de la posguerra, en un ambiente familiar en el que pronto, con esa intuición propia de la infancia, adivina un terrible secreto. También llamada Marga, la primera adolescente y después jovencísima narradora, se obsesiona con la existencia silenciada de esa desaparecida, que fue su tía, de la que nadie en la familia quiera hablar. Poco a poco, a través de confidencias arrancadas a unos y a otros, la narradora establece un vínculo casi ultra sensorial con la escultora suicida, un vínculo a través del cual llega a alcanzar el conocimiento del potencial creativo que lleva dentro; a través del diario de Marga Gil, la escultora, nuestra Marga narradora descubre el amor, con sus grandezas y sus tragedias, descubre el arte, se hace oídos a esa llamada de la creatividad que nos hace ángeles y demonios. El conocimiento que, poco a poco, la narradora hace de Marga Gil, es clave en la formación espiritual de la protagonista, es la base de su posterior ideario artístico, psíquico y espiritual. Ya en plena juventud, en Nueva York, la narradora lee por fin el diario de su tía desaparecida, y lo lee en circunstancias dramáticas para ella: una hecatombe sentimental, un drama amoroso del que, en lugar de hundirse, surge renacida, decidida a emprender su quehacer creativo, y lo hace con fuerzas extraídas del diario de la artista suicidada. El drama de Marga Gil sirve a su sobrina Marga para superar no sólo su personal historia de desamor sino para emprender la aventura del arte.

Marga Gil, aquel fantasma de la infancia de la Marga narradora adolescente, aquel fantasma que los temores de una familia burguesa intentaron enterrar en el olvido, renace de su aciago pasado gracias a la comunicación que una sobrina osada e informal ha establecido con ella más allá del tiempo y de la muerte. Marga Gil le abre a su sobrina las puertas de la sobrevivencia a un mal amor y también las puertas de la vocación artística; a cambio, su sobrina, Marga Clark, devuelve la vida, la vida artística, a su tía Marga Gil. Porque eso es lo que hay en el fondo de estas páginas: el deseo, entusiasta, de devolver al mundo de los vivos el arte de una escultora que dejó este mundo a los 24 años dejando una obra que merece ver la luz del día. Una luz no “amarga”, como la del título de esta novela, sino una luz esplendorosa que nos permita ver una obra truncada, sí, pero que poseía ya, pese la breve edad de su creadora, la rotundidad del innegable talento.